
La artesanía de los que vinieron después

TÂNIA MARIA ZARDO TONET

Museóloga, directora del Museo y Archivo Histórico de Caxias do Sul, Estado de Río Grande do Sul. Investigadora de cultura popular.

Cuando se habla de manifestaciones genuinas de la cultura brasileña, difícilmente se enlazan elementos ligados a la producción cultural relativa a los contingentes inmigratorios, integrados al proceso histórico nacional a partir del siglo 19. La aculturación - aquí entendida como la transformación del bagaje cultural traído del país de origen en la adaptación a las condiciones geofísicas, políticas, económicas y sociales de la nueva realidad - de esos grupos étnicos carece de estudios que comprueben su integración a la cultura brasileña. Por otro lado, la asimilación de la nacio-

nalidad cultural por parte de los descendientes de inmigrantes es un proceso todavía vivo, primero por tratarse de un fenómeno cronológicamente reciente y segundo porque estereotipos creados por un turismo exclusivamente consumista conducen a concepciones y comportamientos que se acercan a la xenofobia. Nos parece que el segundo punto es un factor determinante en la dificultad mencionada, ya que el contacto con comunidades rurales, en el levantamiento de bienes de la cultura popular, ha demostrado que la aculturación ocurrió de forma natural y espontánea.

En suma, la imagen “vendida” no es la imagen real. Es evidente el desconocimiento que tenemos sobre nosotros mismos, desde los microuniversos culturales hasta, e incluso más, la aprehensión de unidad dentro de la diversidad regional de la cultura brasileña.

Particularizando la cuestión de la cultura de inmigración en la región de colonización italiana del nordeste del Estado de Rio Grande do Sul, conviene evidenciar que la misma pasó a recibir contingentes poblacionales del norte de Italia, a partir de 1875, cuya venida era promovida por la campaña oficial del gobierno del Imperio. Intimamente unido a la expansión del capitalismo europeo y a las transformaciones de las estructuras políticas, económicas y sociales europeas, el fenómeno de la inmigración vino a sustituir la fuerza de trabajo esclavo por la mano de obra libre en las plantaciones de café. En el extremo sur de Brasil se concentró en poblar y colonizar, atendiendo a dos exigencias de la época: la ocupación del territorio y la producción de mercancías para abastecer el mercado interno que por entonces iniciaba su formación.

La colonización italiana asume ante la sociedad brasileña del siglo 19 un carácter potencialmente revolucionario porque contrapone la pequeña propiedad, la policultura y el trabajo familiar, a los latifundios dominantes, a la monocultura y a la esclavitud.

Imbuído por la fascinación de la posesión de la tierra, el colono italiano que esperaba encontrar en la “Mérica” “*el paese dela cucagna*” (el país de las maravillas) tuvo que construir su mundo a través del trabajo duro, vuelto casi una compulsión hasta llegar a los días actuales.

En un universo que elige tenerlo como orientación para la supervivencia, la artesanía se desarrolla en la complementariedad de hacer objetos que sirven al desarrollo de las actividades económicas, asumiendo, de esta forma, un carácter predominantemente pragmático. Todo tiene que, de alguna manera, ser útil - la función estética suena, de cerca, como sinónimo de ociosidad, a algo dispensable.

La vitivinicultura reina en la economía de las primeras décadas y con ella el mimbre, el cobre y la madera toman forma de cestos, alambiques,

máquinas de sulfatar, pipas y barriles.

La expresión popular “donde hay uva hay mimbre” demuestra claramente la fusión entre las actividades que se refieren a los dos productos. Utilizado para amarrar los brotes de las parras es, sin embargo, durante la vendimia - febrero/marzo - que el mimbre pasa a ocupar un lugar desta-



*La confección de la dressa
Dibujos de Mila a partir de una foto de Joel Jordani.
Proyecto "Paisaje del Tiempo", Museo y Archivo
Histórico Municipal de Caxias do Sul.*

cado en forma de *capel* (utensilio en forma de fonil usado para coger uva) y de las canastas que sirven para el transporte de este producto desde las parras hasta las cubas. Esos objetos utilizan el mimbre con cáscara, lo que les confiere mayor durabilidad, y su confección es una actividad predominantemente masculina, siempre ejercida en los días de lluvia y en las horas libres. Actualmente, el *capel* y las cestas todavía son muy utilizados, a pesar de que cajas de plástico comienzan a sustituirlos en los lugares donde empresas multinacionales dictan las normas.

El mimbre blanco descascarillado es tramado para forjar cestos que recogen panes y galletas del horno, guardan ropas, huevos, hilos para bordar, flores - para estos tres últimos usos siempre de menor tamaño. Con el mismo tratamiento el mimbre sirvió todavía para forrar garrafo-nes, que con el tiempo pasaron a recibir envoltorios de plástico - material más ligero y barato.

La gran cantidad de mimbrales y el desarrollo de la técnica artesanal determinaron el nacimiento de una fuerte industria de muebles de mimbre en la región, ocupando lugar destacado los municipios de Caxias do Sul - barrio de Ana Rech - y Carlos Barbosa.

Con menor intensidad que en el pasado, los cestos de mimbre continuaban formando parte del escenario rural de la región - en los viñedos, en los brazos de alguna colona o de algún colono llevando pasto para los animales, o, incluso, ya desgastados, con paja dentro, colgados de los árboles, sirviendo como nido para las gallinas.

Igualmente unida a la vitivinicultura, la tonelería era ejercida por portugueses, cuya venida fue promovida por los primeros cantineros aquí establecidos. El número de artesanos llegados a Caxias do Sul fue significativo al punto de determinar la denominación de Lusitano a un barrio que abrigaba familias de toneleros. Además de barriles, de los más diversos tamaños y destinados a diferentes funciones, era de las manos hábiles con la madera que salían *sécias* - baldes usados junto al *seciário* (poyo

de madera) - y *mastelas* de uso doméstico.

Hoy en día, con el proceso de industrialización e incluso con la decadencia vitivinícola, la tonelería artesanal sobrevive apenas en la memoria de los más viejos.

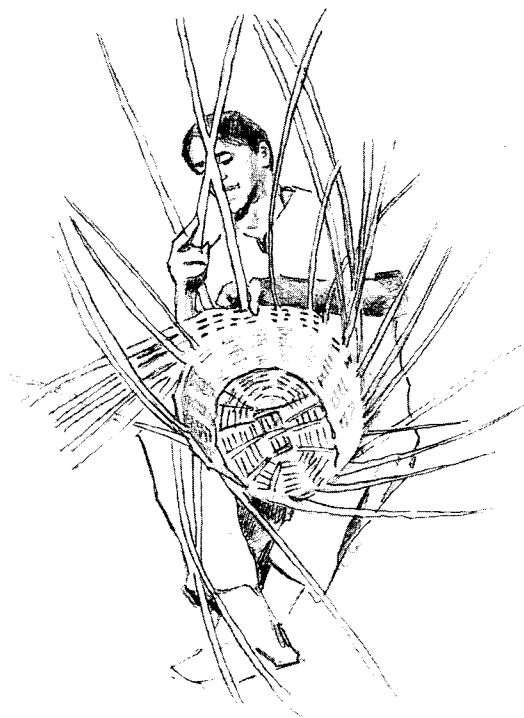
La artesanía en cobre revivió, en la región, la técnica de los antiguos bandaros (hacedores de foniles). El equipaje de los inmigrantes italianos incluía utensilios cotidianos, producidos con *l'oro dei poveri* - el oro de los pobres -, como jarras, calderos, baldes, tazas. La lucha por la sobrevivencia acarrió la creación de líneas simples, siendo el manchado la única referencia decorativa. Las piezas traídas en el viaje permanecían como modelos, mientras que las nuevas eran amoldadas al sabor de lo cotidiano.

Dando continuidad al trabajo de la madre Gigia Bandera - Luiza, la foniler -Abramo Eberle proporciona, en 1896, la primera referencia relativa a la producción de artículos en cobre. En los almacenes de secos y mojados pasaron a relucir lamparillas, faroles, moldes, coladores de pasta, tazas, cazos y foniles. La

gran acogida conllevó que surgiesen nuevos talleres - en 1911 Caxias do Sul contaba con once fonilerías.

Con el desarrollo de la vitivini-cultura, la aplicación del cobre co-

brará características peculiares en la región nordeste del Estado de Rio Grande do Sul. Comenzaron a ser creadas máquinas para sulfatar viñedos, alambiques para la *graspa*, aguardiente de uva - y la medida, unidad padrón equivalente a 3,75 litros. Incluso adquiriendo gran parte de la producción, no era la región el principal mercado consumidor. El mayor mercado estaba en los "campos de la cima" de la sierra - Vacaria, São Francisco de Paula.



*Artesano confeccionando un cesto de mimbre
Dibujos de Mila a partir de una foto de Joel Jordani.
Proyecto "Paisaje del Tiempo", Museo y Archivo
Histórico Municipal de Caxias do Sul.*

El desarrollo de la tecnología, como la utilización de nuevos materiales, por ejemplo el aluminio y el acero inoxidable, motivó que la tradición de los *bandaros* se extinguiese. En la actualidad, pocos artesanos la recuerdan en objetos decorativos, cuya presencia es una marca de la transformación de los hábitos y costumbres.

Igualmente unida al trabajo rural, la artesanía de la *dressa* - trenzado con

pajas de trigo - ocupaba hombres y mujeres cuyos dedos ágiles trenzaban cestas y sombreros, mientras la conversación corría suelta, en las *noites de filó* - reuniones nocturnas realizadas entre vecinos.

La abundancia de los trigales propició el aprovechamiento de la paja para la confección de cestas - *sportas* -, usadas para llevar la *colación* (comida matinal en el campo), cargar libros y cuadernos, recoger verduras, hacer compras.

Primero es trenzada la paja; después se usa el *stampo* - molde - para dar forma a las cestas que, muchas veces, presentan dibujos coloreados, obtenidos al teñir la fibra.

Es preciso distinguir el acto de trenzar del de montar las cestas. El primero se extendía a todas las familias, siendo el segundo trabajo de pocos. Había, así, más trenzadores que cesteros.

Con la acumulación de la producción llegó la conquista del mercado, donde el almacén desempeñó un importante papel.

Los sombreros, también hechos

de paja de trigo, son usados en las actividades agrícolas: en el campo tienen las alas más largas, garantizando una mayor protección solar; para el servicio en las parras se usa el de alas más cortas, ya que éste permite moverse mejor entre ellas. En los niños sirve también como adorno.

La producción de trigo, que llegó a completar más de la mitad de los productos cultivados en la región, hoy en día, debido a la inexistencia de estímulos gubernamentales, ocupa apenas pequeñas áreas. Sin embargo, los sombreros y las cestas continúan formando parte del paisaje rural de la región, y algunas familias plantan el trigo con los ojos puestos en la obtención de paja, pues los objetos de *dressa* tienen siempre mercado.

Otras fibras fueron usadas para producir piezas para la vida cotidiana - el bambú, lianas y la paja de maíz.

Del bambú, que comenzó a ser trabajado al principio de la colonización italiana, se hacen canastos, destinados al transporte de mayores colectas, como maíz, frijoles, papas, calabazas, hierba-mate, uva, además de su empleo en mudanzas y transporte de niños. La técnica de trenzar

el bambú fue traspasada a los inmigrantes por los descendientes de alemanes, establecidos en los valles del río Caí desde 1824.



*Capel para recolección y cesta para transporte de uvas, confeccionados en mimbre.
Dibujos de Mila a partir de ejemplares del Museo Folclórico Edison Carneiro.*

La utilización de las lianas surge como sustitución del bambú, que florece de siete en siete años, a pesar de que conlleva desventajas: es más difícil de trenzar y resulta en cestos mucho más pesados.

Aunque el maíz haya sido largamente cultivado, su paja no propició manifestaciones artesanales significativas. Extremadamente prácticos, los colonos utilizaban gran parte de la paja como alimento para los animales. Las mejores eran separadas para el cigarro - *paieiro* -, para los colchones - *scartossi* -, otras, enrolladas para hacer cestitas, en los bajos usados con las cangallas, y en cuerdas para trenzar sillas.

De las manos femeninas brotaron flores de papel y de seda, hilachas de sacos de azúcar se transformaron en delicados bordados componiendo *le franje* o *le ligá* - especie de macramé utilizado en los bordes de las toallas -, líneas ganaron forma por los bordados, *croché*, *frivolité* y *grampada*.

En una región ampliamente industrializada, la artesanía insiste en subsistir más por la fuerza de la tradi-

ción que por los espacios que le son ofrecidos.

La región ítalo-gaú-cha es un pedazo de ese Brasil que, en un determinado momento, resolvió osar repartir sus tierras y dejar atrás estructuras arcaicas. Hoy, el Brasil de los inmigrantes comienza a asumir cada vez más su propia manera de ser, sin la vergüenza del acento, de las manos callosas y de un pasado de lucha y trabajo. ■